

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

Corporalidad en Aikido: Una forma de Arte y construcción de paz frente a la violencia estructural

Aikido as an embodied form of art and Peacebuilding in the Face of Structural Violence

Edgar Sierra Soler¹<https://orcid.org/0009-0003-8089-8809>Nelly Guerrero Martínez²<https://orcid.org/0009-0000-6506-4230>DOI: <http://doi.org/10.53689/int.v16i1.334>

Recibido: 28 abril, 2026

Aceptado: 15 de junio, 2026

Resumen

El Aikido a diferencia de otras disciplinas orientadas estrictamente al combate, se consolida como un sistema sofisticado de expresión corporal y meditación en movimiento, trasciende el enfrentamiento para consolidarse como una herramienta de transformación individual e intervención social basada en la comunicación empática y la resolución no violenta de conflictos. El presente artículo documenta, mediante la auto etnografía de dos experiencias y una construcción colectiva, la posibilidad y necesidad de creación de espacios para re-pensar las dinámicas de poder y co-construcciones de alternativas a la violencia. Al proponer la co-evolución entre las personas practicantes, la disciplina fomenta espacios de agencia y equidad, utilizando el cuerpo como instrumento político para la construcción de paz. De esta manera se aporta conocimiento a los estudios que analizan prácticas corporales que devienen como herramientas políticas y pedagógicas vitales frente a un panorama global marcado por la violencia estructural. Documenta la creación de territorios colectivos donde el conflicto no se evade, sino que se habita y se transforma, demostrando que se puede construir conocimiento local y verdades alternativas mediante prácticas no normativas que reclaman legitimidad.

Palabras Clave: Arte, Aikido, comunicación empática, intervención social, resolución no violenta de conflictos

Abstract

Unlike other disciplines strictly oriented toward combat, Aikido establishes itself as a sophisticated system of bodily expression and 'moving meditation,' transcending confrontation to become a tool for individual transformation and social intervention based on empathetic communication and non-violent conflict resolution. This article documents, through the autoethnography of two experiences and a collective construction, the possibility and necessity of creating spaces to rethink power dynamics and co-construct alternatives to violence. By proposing co-evolution among practitioners, the discipline fosters spaces of agency and equity, using the body as a political instrument for

¹ Doctor en Administración Pública por el Instituto Nacional de Administración Pública. Docente de la Universidad Virtual del Estado de Guanajuato y Director de Gestión Escolar, Secretaría de Educación Pública. E-mail: edgsierraieria@uveg.edu.mx

² Licenciada en Psicología. Maestrante en el posgrado de Psicología en Terapia Familiar Sistémica Posmoderna UNAM. E-mail: psicoterapiacgm@gmail.com



ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

peacebuilding. In this way, it contributes knowledge to studies analyzing bodily practices that become vital political and pedagogical tools in the face of a global landscape marked by structural violence. It documents the creation of collective territories where conflict is not evaded, but rather inhabited and transformed, demonstrating that local knowledge and alternative truths can be built through non-normative practices that claim legitimacy.

Key words: Art, Aikido, social intervention, empathetic communication, non-violent conflict resolution.

Como Citar:

Sierra-Soler, E, y Guerrero Martínez, N. (2026). Corporalidad en Aikido: Una forma de Arte y construcción de paz frente a la violencia estructural. *Intervención*, 16(1), 129-143. <http://doi.org/10.53689/int.v16i1.334>

1. Introducción

El Aikido nace formalmente en Japón después de la segunda guerra mundial, en un escenario marcado por la pobreza y la devastación de la posguerra. Aunque en años anteriores se practicaban diversos estilos que alimentaron esta práctica; sus elementos físicos y filosóficos toman forma, se difunden y evolucionan a partir de finales de los años 40 y principios de los 50 del siglo XX (Stevens, 1998).

Morihei Ueshiba, su fundador, propuso el movimiento como una vía para la construcción de la paz y la preservación de la vida humana, ya que él experimentó la guerra en carne propia durante su misión militar en Manchuria; y entonces forjó esta disciplina tras una diligente formación en diversos estilos marciales, prácticas espirituales y artes tradicionales como la caligrafía y la ceremonia del té (Stevens, 1998).

No se puede negar que el surgimiento del Aikido estuvo gestado en contextos de violencia y se encuentra atravesado por prácticas machistas y conservadoras que se integran a una narrativa histórica donde las artes marciales son consideradas un dominio eminentemente masculino. El ámbito deportivo ha funcionado tradicionalmente como un espacio de reafirmación de la virilidad, donde no solo se asumen estereotipos de género, sino que se ha justificado la exclusión de mujeres y otros cuerpos disidentes que según Díaz y Ormart (2025), señalan que esta marginación se ha legitimado a través del mito de la supuesta falta de capacidad física o competitiva de estas identidades para los deportes de combate, perpetuando así la desigualdad en todos los niveles del deporte.

Sin embargo, el Aikido ha evolucionado a través del tiempo y las diversas personas, países y culturas a las que ha llegado, han ido transformando las técnicas y prácticas, aunque no su filosofía. En palabras de Morihei Ueshiba (2010): “Aiki es aiki; es decir, el espíritu de la armonía es el espíritu del amor” (Compilación de John Stevens).

Por esta razón es importante nombrar las bondades del Aikido pero también las complejidades y matices que se atraviesan desde diferentes posturas y experiencias. El objetivo de este artículo es analizar, a través del diálogo y las autoetnografías, dado que la práctica del Aikido puede constituirse como una herramienta política y pedagógica de resistencia ante las violencias estructurales y simbólicas, principalmente la de género y desigualdad social, presentes tanto en los espacios de práctica como en las relaciones cotidianas.

Si bien, el Aikido ha devenido en una práctica que trasciende la definición convencional de un método de combate; con el tiempo se ha convertido en un sofisticado sistema de expresión corporal, intervención social y un vehículo que puede incidir en la transformación ética y social. Un elemento



Los contenidos de este artículo están bajo una
licencia de Creative Commons Atribución No
Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

interesante de esta práctica es que el fundamento de su sistema de combate no radica en la destrucción del adversario, sino en la búsqueda de una armonía o unificación de las fuerzas o energías antagónicas. Esta disciplina propone una estética del movimiento donde la marcialidad se convierte en un lenguaje sensorial y comunicativo que permite al individuo transitar desde un cuerpo cotidiano hacia un cuerpo en estado escénico y vital más profundo, orientado al autoconocimiento y a la superación de diferentes dualidades: cuerpo-mente, agresor-defensor, entre otras (Arrue, 2014; Boladeres, 2021; Gómez, 2024).entre otras (Arrue, 2014; Boladeres, 2021; Gómez, 2024).

En el ámbito de la intervención social, el Aikido se manifiesta como una herramienta poderosa para la resolución no violenta de conflictos y la formación de las personas. Al proponer un cambio de paradigma en la gestión del conflicto, el practicante asume una responsabilidad ética y social, buscando no someter a su oponente mediante la fuerza, sino que le invita a reflexionar y desistir de la agresión a través de un diálogo corporal empático (Martínez y Agüero, 2020; Morales, 2024; Saz-Peiró, 2022).

Esta filosofía de la no-resistencia es una acción política en sí misma que busca promover una práctica constante de la no-violencia, de la posibilidad real de responder frente a una agresión desde la calma, de la educación de la piel y de los huesos como instrumentos concretos para la construcción de paz. La práctica en el dojo se convierte así en una metáfora del comportamiento en la sociedad, donde el respeto y la cooperación desafían las jerarquías de poder tradicionales y fomentan espacios de equidad y agencia (Gómez-Lozano, Hurtado-Guapo, Kelly-Lahon, Arce-Moreno, León, Vargas-Macías, 2023; Tan, 2024).

Siguiendo las perspectivas de la sociología carnal y las tesis de Michel Foucault, el Aikido puede ser entendido como un *habitus* específico y una "tecnología del yo" o "estética de la existencia", donde el cuidado propio y de las otras personas se entrelazan en un ejercicio práctico y espiritual cotidiano (Gómez et al., 2023; Morales, 2024; Sánchez y Spencer, 2014).

Hoy en día, el Aikido trasciende su origen marcial para consolidarse como un arte vivo que posibilita la intervención social y la transformación individual. Su movimiento bello y eficiente busca alinear la voluntad personal con principios universales de protección, amor y cuidado. Quienes practican Aikido acceden a herramientas concretas para convertirse en agentes de cambio capaces de intervenir en su entorno de manera creativa y pacífica. El Aikido nos enseña que la mayoría de los desafíos son propios y que la paz no es la ausencia de conflicto, sino la capacidad de armonizar las energías discordantes para nutrir y proteger la vida en todas sus formas.

2. Marco teórico

Desde sus inicios, el Aikido fue practicado por maestras y maestros respetados en otros estilos marciales, lo que, junto a la libertad de expresión que permitía el propio Morihei Ueshiba, lo hizo evolucionar como una suerte de modo de expresión artística personal. Una mirada a sus principios, junto a una revisión de la práctica actual nos muestra que trasciende el combate para posicionarse como un sofisticado sistema de expresión corporal o una suerte de meditación en movimiento. El nieto de Morihei Ueshiba, menciona que una exhibición o Embukai de Aikido lleva "un largo camino por recorrer antes de que las técnicas se vean como el fluir de un hermoso río, como si se escuchara a Mozart, o como una pintura que conmueve profundamente al espectador" (Ueshiba, 2022, párr. 9).

Yoshimitsu Yamada fue alumno directo de Morihei Ueshiba y fundó el New York Aikikai. Se convirtió en uno de los maestros más famosos del mundo y tuvo una de las escuelas más grandes después de la misma sede central del Aikikai en Japón, era categórico al decir que el Aikido no tiene que ver con pelear, sino con la búsqueda de la belleza por medio del movimiento (Yamada, 2018).



Los contenidos de este artículo están bajo una
licencia de Creative Commons Atribución No
Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

Desde una perspectiva estética y dinámica, el Aikido se caracteriza por sus movimientos amplios y esféricos, además del uso de movimientos en espiral (Batista, 2015). Las técnicas, que nacieron para ocasionar daño, se transformaron en mecanismos para absorber y redirigir la energía del ataque mediante trayectorias circulares que nacen del *hara* o centro de gravedad. Observar a una persona experimentada hacer Aikido permite apreciar la estética de alguien en control de su cuerpo, en medio de una situación de tensión. La conciencia del centro permite generar un enorme poder con un mínimo esfuerzo muscular (Arrue, 2014; De Pascual y Lanau, 2018; Franco, 2015; Gómez, 2024; Martínez, 2016; Prado, 2022).

La plasticidad, fluidez y estética del Aikido han permitido que esta disciplina sea adoptada por diversas artes escénicas contemporáneas (Martínez, 2016; Prado, 2010). Se puede hablar de la improvisación de contacto, nombrada así por Steve Paxton, quien practicó e incorporó algunos principios del Aikido a su propuesta. El uso de la gravedad, la inercia y, fundamentalmente, las caídas circulares, se convirtieron en elementos centrales de la invitación a moverse libremente que generó Paxton y otras personas curiosas e interesadas por la danza que buscaban elementos más libres y orgánicos de movimiento (Keogh, 2019).

La dimensión pedagógica del Aikido, que comparten buena parte de las artes marciales japonesas, también refleja un proceso artístico y de transformación personal a través del sistema tradicional *Shu-Ha-Ri*. Este método guía a las personas que siguen la práctica desde la imitación de las formas (*Shu*), pasando por la etapa de desestructuración e innovación (*Ha*), hasta alcanzar una libertad creativa completa en el estado de *Ri*. En este estado o momento, cada quien se apropia de la técnica para expresarse de forma única y espontánea (Cortés, 2016; Cuellar, Bazán y Araya, 2019). Para alcanzar este estado, se dice que es necesaria una mente libre y una presencia en el aquí y ahora, esto permite que el movimiento ocurra de manera orgánica y que el cuerpo se convierta de cierta manera en un vehículo de las fuerzas de la naturaleza (Cuellar et al., 2019, Franco, 2015).

En este sentido, el Aikido se puede comprender como un arte de expresión que descansa su naturaleza en la intersubjetividad, en la comunicación sin palabras (Gordon, 2019). En lugar de basarse en la lógica binaria de vencedor y vencido propia de la competición, el Aikido introduce el concepto de *aite*, que se traduce literalmente como "la otra mano", transformando a quien ataca en un colaborador necesario para el crecimiento mutuo (Arrue, 2014; Bell & Desai, 2011).

Este tipo de comunicación empática a través de los sentidos convierte al movimiento en un flujo de sensaciones táctiles, propioceptivas y mutuoceptivas que buscan neutralizar la agresión sin causar daño al atacante, preservando siempre la integridad de todas las personas involucradas en la acción (Arrue, 2014; Gómez, 2024). En este intercambio, los roles de atacante (*uke*) y defensor (*tori*) no son estáticos, sino que se funden en una dinámica de co-evolución donde ambos participantes aprenden, dialogan y se ayudan recíprocamente a mejorar como seres humanos (Arrue, 2014; Gómez, 2024).

3. Metodología

Se realizó una investigación cualitativa con dos personas practicantes de Aikido, de diferentes edades y tiempos de práctica, ubicadas en la Ciudad de México. Las personas investigadoras son al mismo tiempo las personas participantes; siendo Yesid Sierra de 51 años de edad, 6to Dan en Aikido e instructor del Kihon Dojo; y Catherine Guerrero Martínez, 30 años, practicante de Aikido desde hace 9 años, alumna del Kihon Dojo. La muestra se realizó por selección a conveniencia dado que en años anteriores se vivió una experiencia de acoso y hostigamiento por parte de un compañero a distintas compañeras del entrenamiento. De ahí surge la necesidad de nombrar y explicitar la violencia dentro de la comunidad y por medio de un trabajo colectivo de las compañeras del Dojo, se crean nuevas reglas de comportamiento para la escuela del Kihon Dojo.



Los contenidos de este artículo están bajo una
licencia de Creative Commons Atribución No
Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

Se utilizaron dos tipos de métodos principales como insumo base de la indagación: el diálogo como detonante de la reflexión y la auto etnografía como medio para hacer visible la subjetividad de cada persona en su contexto específico. El diálogo estuvo conformado por dos preguntas detonadoras en torno a las experiencias, percepciones e interpretaciones con relación al entrenamiento y la intervención social en dos personas practicantes de Aikido (Ellis, Adams y Bochner, 2015; Fuentes, 2023).

Para profundizar en las narraciones de las personas participantes se analizaron tanto las auto etnografías como el diálogo, análisis que permitió observar algunas categorías emergentes (Adamini, 2016; Conde, 2019, 2025; Del Álamo, 2019, Mendizabal, 2018).

El diálogo actúa como una herramienta que profundiza posturas conceptuales y políticas, desafiando a descentrarse a las personas involucradas. El diálogo no es únicamente un intercambio de palabras, sino un espacio de ideas flexible y poroso donde las memorias corporales, conceptuales y las identidades se desafían y negocian. Dialogar implica el reconocimiento de que la otra persona tiene algo legítimo que decir y que es relevante ser escuchada. Dialogar permite gestionar conflictos al entender que las luchas por el sentido pueden resolverse mediante el entendimiento y la negociación. Analizar el contenido de este intercambio de ideas permite observar la polifonía, es decir, la presencia de diversas voces y puntos de vista acerca de cierto escenario intersubjetivo (Pollak, 2006; Saferstein y Goldentul, 2019).

La autoetnografía, por su parte, se considera un subgénero literario-científico y una estrategia metodológica cualitativa que utiliza la subjetividad y la experiencia personal como principal recurso para comprender los fenómenos sociales. Surge como una respuesta a las limitaciones de la etnografía tradicional, centrando el estudio en la propia cultura y experiencias de la persona que investiga. En este enfoque se asume que las fronteras entre lo personal y lo cultural son borrosas, se comprende que quien explica hace parte de aquello que quiere explicar permitiéndole su propio reconocimiento como sujeto y a su vez como objeto de análisis. Para la autoetnografía, lo social se encuentra depositado en el cuerpo (Ademowo, 2023; Martínez, 2015; Reyes, 2025) y allí reside la riqueza de esta metodología para el presente estudio. El Aikido es un arte principalmente corporal.

Contando con el diálogo y las auto etnografías se procedió a realizar un análisis del discurso (Adamini, 2016; Del Álamo, 2019; Martín-Criado, 2014; Mendizabal, 2018), abordando los dos insumos y comprendiendo al lenguaje como una forma de acceso a procesos identitarios tanto individuales como colectivos. Entendiendo que la identidad es considerada en una gran parte de la literatura como inestable e inasible, es posible acceder a ciertas identificaciones estables que se cristalizan discursivamente en la narración de un yo o un nosotras-nosotros. Analizar discursos permite identificar signos específicos, deícticos, categorías que funcionan como huellas de la actitud subjetiva e intersubjetiva de personas o colectivos. Al analizar diálogos y auto etnografías se puede observar la manera en que las personas se representan a sí mismas y cómo se integran las voces de otras y otros en su propia trayectoria construyendo un colectivo (Gordon, 2019).

Interpretando los emergentes discursivos (Conde, 2025; Del Álamo, 2019; Noble & Mitchell, 2016), es posible identificar tendencias y transformaciones sociales a través de las hablas cotidianas. Los emergentes son discontinuidades o acontecimientos en la trama discursiva que suponen una insinuación acerca de cambios semánticos frente a los discursos dominantes o cristalizados. Al analizar las auto etnografías y el diálogo suelen surgir experiencias personales que reflexionan acerca de algunos estereotipos sociales. El análisis de estos síntomas permite percibir desajustes entre la experiencia social vivida y las palabras disponibles para nombrarla, abriendo paso a nuevas formas de mirar y actuar sobre el mundo.

Combinar el diálogo, la autoetnografía y el análisis del discurso nos permitió un aparato metodológico robusto para rastrear la subjetividad, así como algunas categorías emergentes que rodean la reflexión en torno al cuerpo como espacio político y como herramienta para la co-construcción



Los contenidos de este artículo están bajo una
licencia de Creative Commons Atribución No
Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

4. Resultados

4.1. Diálogo

Yesid (Y): Recientemente acabas de hacer tu presentación para acceder al Sho Dan ¿Cómo enmarcas este paso con las recomendaciones de comportamiento que construyeron como grupo de mujeres y que ahora rigen nuestra comunidad?

Catherine (C): Las pautas de comportamiento surgen en un contexto en donde la violencia de género se manifiesta y perpetúa a través de las interacciones cotidianas entre compañeros y compañeras del espacio de entrenamiento. Estas nacen de la urgencia de visibilizar y romper el silencio ante los tratos que, históricamente, las mujeres hemos enfrentado tanto en el ámbito público como en el privado.

Recuerdo haber experimentado una profunda sensación de injusticia ante las acciones de un compañero, al punto de percibir que el dojo dejaba de ser un espacio seguro para mí. Enfrenté el dilema de retirarme para protegerme, pero surgió la convicción de defender no solo mi integridad física, sino también este territorio que me ha costado habitar por ser un entorno predominantemente masculino. Si bien inicialmente deseaba su exclusión, hoy mi reflexión desde el Sho Dan integra nuevos matices sobre la responsabilidad y la ocupación de estos espacios.

Para mí, la violencia constituye una decisión; elegimos cómo actuar y esa elección conlleva una responsabilidad ética que abre, simultáneamente, la posibilidad del cambio. El grado de Sho Dan intensifica este compromiso como practicante de Aikido, transformando la responsabilidad sobre nuestras decisiones en el horizonte que marca el cuidado de la comunidad.

Las recomendaciones del Kihon buscan la preservación de los cuerpos, el espacio y el espíritu. No obstante, al reconocer que nuestras vivencias no son homogéneas, entendemos que estas pautas son un primer paso para atender las necesidades específicas de nuestras corporalidades. Sólo a través de este reconocimiento podemos actuar en comunión hacia un cuidado colectivo y equitativo.

Aunque estas recomendaciones habitan en el papel como una muestra de nuestra aspiración, la verdadera resistencia está en la práctica diaria. Se manifiesta en cada Keiko, en cada instante frente a un compañero, en cada interacción y reacción que tenemos hacia el otro cuerpo. Es importante reafirmar nuestra agencia en cada movimiento y las elecciones que hacemos sobre dominar o no dominar, conectar o no conectar, cuidar o no cuidar.

Esas pautas marcaron un hito en la comunidad y un respaldo para futuras situaciones desagradables que puedan ocurrir. Pero no es suficiente, insisto. Es un trabajo individual, colectivo y constante. La unión de las compañeras y la escucha recibida por los demás, permitió tejer diferentes posibilidades para resolver y transitar el conflicto.

Y: ¿Crees que la práctica del Aikido podría contribuir a visibilizar y remediar las inequidades e invisibilizaciones que existen de ciertos grupos de población en la actualidad?

C: Considero que el Aikido funciona como uno de tantos espacios donde es posible reflexionar sobre las jerarquías, el poder y la inequidad, aunque su práctica no garantice por sí misma la resolución de



Los contenidos de este artículo están bajo una licencia de Creative Commons Atribución No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

estas tensiones sociales. Ser un “buen” practicante, en términos de disciplina o técnica marcial, no asegura necesariamente una sensibilidad o conciencia crítica ante las violencias y desigualdades que históricamente se han perpetrado en estos espacios.

Sin embargo, la práctica nos confronta inevitablemente con nuestras reacciones e impulsos; el cuerpo –entendido como nuestro primer territorio– nunca miente y revela la materialidad de lo que somos.

Mi trayectoria me ha permitido cuestionar y explorar las profundidades que mi cuerpo habita, sensaciones y memorias que guarda y conecta a través del movimiento. Lo que me cautivó del Aikido, desde el primer día, fue hallar un espacio donde la competencia no es el objetivo. Mi cuerpo pedía moverse sin la presión de ganar o perder, permitiendo que la experiencia fluyera de manera auténtica. En este sentido, la práctica provee espacios no competitivos que siembran formas de pensar y relacionarse distintas a las lógicas capitalistas, extractivistas y de agitación incesante.

Es imperativo construir más territorios donde la respuesta al conflicto no sea la violencia, sino la conexión, la escucha y el cuidado colectivo. Esto no implica anular nuestras diferencias o entrar en una misma línea de pensamiento, sino implementar formas alternativas de habitar el conflicto con un fin común de preservación y respeto mutuo. El Aikido posee, sin duda, ese potencial transformador.

C: ¿Cómo ha transformado la filosofía y la práctica del Aikido, en tu manera de relacionarte y reaccionar frente a las acciones violentas del entorno y propias?

Y: Debo decir que no me considero una persona violenta, desde chico mi autopercepción es de alguien de cierta manera tímido. Inicié mi práctica a temprana edad y el Aikido ha permeado mi forma de relacionarme con el mundo, con las personas, mi forma de interpretar la realidad. Creo que el Aikido ha agudizado mi decisión, siempre consciente de que no es necesario y no hay excusa para usar la violencia en ningún contexto: laboral, familiar, personal. En los últimos años también ha venido a mi una profunda sensación de agradecimiento frente a la vida y conexión con esta tierra que habitamos. Los dos asuntos creo que se relacionan. Una respuesta violenta emana de una situación de incomodidad e impotencia frente a alguna situación que, desde cierta mirada, debe generar una respuesta antagónica con uso de fuerza excesiva; cuando hay agradecimiento esas situaciones no aparecen. Creo que el Aikido, profundizó mi creencia de que dañar a alguien nunca tiene justificación y últimamente me ha llevado a una sensación de agradecimiento.

C: ¿Qué acciones te imaginas que los hombres puedan llevar a cabo para contribuir a una cultura donde no se elija la violencia o el dominio dentro y fuera del tatami?

Y: Es difícil, como hombres fuimos educados en la típica idea de que “no debemos llorar”, “debemos ser fuertes” y si a eso le sumamos la idea, no solamente masculina, en la que creemos hoy en día, que cada persona debe buscar su propio bienestar y/o es responsable de ello individualmente, estamos abonando a una vida aislada y de cierta manera violenta. Frente a ello, creo que lo único que nos queda, es ser conscientes de ello constantemente. Casi casi como tener un grillo que nos alerte sobre ello: se vale pedir ayuda, se vale ayudar, se vale no sabernos solos o solas, se vale entender que somos seres infinitamente dependientes y frágiles. Si como hombres asumimos nuestra dependencia y fragilidad que nos une como humanidad, nuestras acciones frente a las mujeres y otros seres deberían ser más reflexivas y compasivas. Dependemos del agua limpia, de que el sol salga cada mañana y de que la tierra dé sus frutos. Somos frágiles, quizá de los animales físicamente más débiles que hay en la tierra, nuestros huesos se rompen, nuestras emociones se quiebran, nuestras malditas cuentas bancarias se quedan en cero. No somos hombres y mujeres, sólo somos seres infinitamente dependientes y frágiles, si nos pensamos así, y más nosotros como hombres, entenderemos que es mejor ayudarnos y cuidarnos.

1.2. Autoenografías: El Dojō cómo territorio en reconstrucción por Yesid Sierra



Los contenidos de este artículo están bajo una licencia de Creative Commons Atribución No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

Hace poco superé medio siglo de caminar por este hermoso planeta y de ese medio siglo, ya llevo casi 25 años dirigiendo este dojo. Mi cuerpo no solo guarda la memoria de miles de círculos en el aire, de miles de sensaciones, de proyecciones, caídas, sino que es, en sí mismo, un registro de la evolución de nuestra pequeña comunidad. Dice Wacquant (2006) que la práctica marcial es una forma de sociología carnal, con ella se desarrolla un *habitus* específico a través de la experiencia física personal (Wacquant, 2006; Wacquant, 2015; Zavala, 2020).

Al tratar de explicar una experiencia Aikidoka, la autoetnografía como método resulta especialmente adecuada debido a la dimensión altamente corporal y encarnada que reconoce el método y que encierra la misma práctica del Aikido en la que el cuerpo funciona como cosmos y lienzo y como el suelo existencial de la cultura de una comunidad Aikidoka, de un Dojo (Tan, 2014). En el marco de las disciplinas de movimiento corporal, la autoetnografía permite realizar una investigación desde el mismo lugar en que se desarrolla la actividad: "el cuerpo", utilizando las sensaciones, las caídas y las conexiones carnales como un instrumento que puede revelar la construcción de un *habitus* específico y asimilar las concepciones morales y filosóficas de la acción (Bordieu, 2000; Martínez, 2015, Singer, 2021).

Durante años, me centré en la práctica, de hecho, este espacio nació básicamente por mi propio afán de encontrar un lugar en el que nos pudiéramos centrar en el movimiento, nada de accesorios, sólo círculos, agarres, ataques, sonrisas. Pasamos por espacios sin tatami, incómodos, bodegas polvorientas que gracias a nuestra energía y cuidado convertimos en dojos. Éramos pocas personas y nos centrábamos en movernos al estilo del Aikido, con el tiempo se acercaron más cómplices a esta idea y gradualmente tuvimos que buscar un espacio más grande, el crecimiento fue orgánico. Mi labor como encargado consistía principalmente en practicar como alguien más, sabía que tenía un poco más de responsabilidad y cuidado, pero siempre he querido mantenerlo simple, soy un practicante más. Han surgido diversos retos, personas con condiciones diferentes que se han incorporado al espacio, las edades y habilidades corporales de quienes practican en nuestro espacio son diversas y eso me hace sentir felicidad. Sin embargo, un episodio reciente me obligó a generar nuevos mecanismos de regulación del comportamiento.

El conflicto se gestó de forma sutil, yo observé, presentí, mi cuerpo lo leía, pero pensé que, como en anteriores momentos, con situaciones que yo creía similares, la misma práctica, la dinámica de una manada educada iba a regular la situación. Me equivoqué.

Un miembro del dojo de cierta edad, que tenía experiencia en la práctica, pero venía de otra escuela, comenzó a desplegar una serie de actitudes; corregía, a veces de manera innecesaria, arreglaba la ropa de sus compañeros y compañeras durante la práctica, parecían actitudes cargadas de una dosis de soberbia que de cierta manera ocultaba una voluntad de dominio simbólico. Como argumenta Bourdieu (2000), el cuerpo es un campo donde se inscribe la dominación masculina, a menudo bajo la máscara de una protección que en realidad subestima la capacidad de la mujer o de las otras personas (Bordieu, 2000; Morales, 2024).

El punto de ruptura ocurrió al terminar una sesión de *keiko*. Una de las practicantes, de reciente llegada al dojo, se acercó a mí tras la clase. Sus palabras no fueron de queja técnica, sino de incomodidad sensorial. Me relató la forma en que este compañero invadía su espacio personal de manera poco convencional y cómo su lenguaje kinésico, en lugar de buscar el *aiki* (la unión de energías), reflejaba cierto afán de imposición (Franco, 2017; Martínez, 2016; Morales, 2024). Me pidió hablar fuera de la escuela para poder explicar más a detalle la situación. Nos quedamos de encontrar en un café, ella llegó con otra de las compañeras del dojo. Escuché atentamente, sus palabras fueron claras, en estos espacios, más que en cualquier otro debería reinar la seguridad física, psicológica y emocional de las personas. Sin importar quienes fueran, debía haber una sensación de seguridad y cuidado, ella no se sentía así. Una de las opciones para resolver la situación fue pedir al causante de la incomodidad que abandonara la escuela. Yo reflexioné y esa



Los contenidos de este artículo están bajo una
licencia de Creative Commons Atribución No
Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

era una suerte de anulación de la persona que no iba acorde a los fundamentos del Aikido. Les comenté a ellas que hablaría con él y buscaría más alternativas de solución que les comentaría, les propuse acordar posteriormente una opción con la que todas las partes estuviéramos de acuerdo.

Al terminar una clase fui a cenar con el causante de la incomodidad, yo iba acompañado de una de las practicantes veteranas del dojo que además es profesora frecuente de nuestra escuela. Le comentamos la queja de algunas chicas y le escuchamos. Provenía de un espacio en donde había pocas personas practicando, un espacio de enseñanza jerárquica, en donde la mayoría de los practicantes eran hombres, estaba acostumbrado a corregir de manera firme a las personas que ingresaban al dojo y a mantener una presencia fuerte, demostrando quien tenía más experiencia. Era un modo de proceder común en su anterior escuela. Le comenté que era una cultura diferente y que, aunque tuviera experiencia, debía adaptarse a la cultura de nuestra escuela y no tratar de enseñar o de pensar que su forma era la correcta. Fue una conversación abierta.

Cuando comenté de ello a las chicas, ya había pensado que estas dos conversaciones no eran suficientes, yo sentía que esta situación era una oportunidad para generar algo más consistente que fortaleciera nuestra comunidad. Recordé que el Aikido debe ser una herramienta de formación integral y no solo un método de aprendizaje de movimientos marciales (Morales, 2024; Saz-Peiró, 2022). Les propuse abrir un proceso de intervención social interna. Siguiendo la premisa de que la persona es protagonista en su equilibrio socio-físico y socioemocional, invité a las mujeres del dojo a que fueran ellas quienes redactaran las nuevas recomendaciones de comportamiento, ejerciendo su capacidad de agencia para transformar el espacio. Al terminar el nuevo documento ellas organizaron una clase-convivencia en las que leyeron las nuevas recomendaciones y comentaron la manera en que las nuevas reglas habían nacido (Franco, 2015; Gómez-Lozano et al., 2023; Martínez, 2015). En esta clase participamos todas las personas que aprendemos allí. A la actividad no sólo asistieron las y los practicantes sino algunos de sus amigos y familiares. Ellas coordinaron el momento.

El proceso de redacción fue, en sí mismo, un ejercicio de reflexión. Ellas se reunieron para nombrar lo que hasta entonces era invisible y generaron ciertas pautas para su comodidad. Discutieron sobre la importancia de la higiene postural no solo como alineación física, sino como derecho al respeto del propio cuerpo-territorio. Redactaron normas que trascendían el saludo protocolario (*rei*), enfocándose en la importancia del cuidado durante el contacto físico y la eliminación de comportamientos jerárquicos (Morales, 2024). No sólo fue un acto de reflexión individual, fue un acto de transformación social desde el momento en que todas las personas del dojo, junto a familiares, amigas y amigos estuvieron presentes en la lectura de nuestras nuevas recomendaciones.

Mi papel fue de acompañamiento y escucha activa. Tuve que tomar algunas decisiones que no encajaban en la lógica jerárquica tradicional de las artes marciales, de hecho, nunca fui tan jerárquico ni tradicional y eso me hizo pensar que en algunas ocasiones un orden estricto podría generar cierta pauta saludable. Nunca tuvimos reglas o recomendaciones, era el momento de tenerlas y de que las mujeres del dojo nos dieran esa pauta. Pienso que como comunidad tuvimos la capacidad de generar un ambiente de seguridad individual y social. Este ejercicio nos llevó a redefinir nuestro *habitus* de dojo. No se trataba de imponer reglas desde afuera, sino de permitir que el sentido de la práctica emanara de quienes habitan el tatami (Franco, 2015; Morales, 2024).

Las nuevas reglas de comportamiento que hoy rigen nuestra escuela son el resultado de esa teoría viva que entrelaza la narración de sus experiencias con la práctica marcial. Al ceder el espacio de decisión, el dojo dejó de ser un simple lugar de entrenamiento para convertirse en un territorio de equidad. Ideas como respeto, cuidado, justicia, tomaron forma. Buscamos que todas las personas fueran incluidas, resolvimos la situación buscando que ninguna persona involucrada saliera dañada. Un poco más de medio siglo de uso tienen mis huesos y mi piel, aprendí con esta experiencia que el Aikido, como Arte de la Paz, solo es real cuando somos capaces de transformar nuestras propias

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

estructuras de poder para proteger la vida en todas sus formas (Gómez et al., 2023; Sanati, Kordi, Parandavarfard & Yazdani, 2020).

La redacción colectiva de normas de comportamiento por parte de las mujeres en el dojo representó un acto de capacidad de agencia que rompe en cierto grado con la tradición de masculinidad dominante en las artes marciales y el *habitus* masculino. Este modo de resolución de una diferencia en nuestro dojo se inserta en las reflexiones feministas actuales al concebir el cuerpo como el primer territorio de disputa política, donde nombrar y limitar conductas antes invisibilizadas constituye una forma de reterritorialización y resistencia frente a diferentes microformas de control que se han normalizado y que regulan el espacio público y privado (Morales, 2024). Al participar activamente en la regulación de la acción en su propio entorno, las practicantes dejaron de ser cuerpos dóciles para reconocerse como sujetas cognoscentes, transformando el poder sobre —ejercido mediante jerarquías androcéntricas— en un poder para facilitar el cambio colectivo y un poder desde dentro basado en el autoconocimiento y la seguridad individual. Este ejercicio trasciende lo puramente normativo para proponer una estética de la existencia donde la equidad y el bienestar integral no son concesiones, sino el resultado de una negociación situada que busca alterar radicalmente las estructuras que reproducen la subordinación de género en el dojo, que adicionalmente se podría extender a diversas actividades de movimiento corporal y a otras artes marciales (Morales, 2024, Silva 2021; Sosa, 2012).

Este ejercicio de escritura auto etnográfico constituye una reflexión acerca de mi propia identidad y la cultura del dojo, que de cierta manera es una extensión de mi cuerpo, mi primer territorio y ahora la extensión de otros cuerpos, de otros territorios. De manera orgánica he ido acompañando su evolución como responsable del mismo. La cultura de un espacio en donde se promueve una práctica como el Aikido no es estática; se vive, se transforma y se renegocia en la carne. Haber superado nuestra propia idea de disputa interna, logrando que el dojo sea un lugar donde todas y todos puedan transitar su propio camino de descubrimiento para la construcción de su arte, para la exploración de diversas maneras que les permitan resolver conflictos sin ocasionar daños y para que su carne aprenda que es frágil y que por ello el cuidado es innegociable, se constituye en un asunto relevante para esta reflexión (Franco, 2015; Morales, 2024; Tan, 2014). El cuidado propio, el cuidado de las otras personas, el cuidado del mundo en el que vivimos no parece un asunto menor.

4.2. El Aikido: mi práctica de resistencia.

Por Catherine Guerrero

Mi trayectoria en el Aikido comenzó en Bogotá en el 2017 cuando tenía 22 años. Hoy continúa en México junto con Yesid, mi Sensei, amigo y familia elegida en estas tierras. En realidad, es un camino corto en relación con la mayoría de practicantes de artes marciales. Recuerdo con claridad mi primera clase; la confusión de los movimientos y el miedo visceral de caer. Aprender a lanzarme al piso sin lastimarme es una metáfora y literalidad que el Aikido te enseña, y hasta el día de hoy, sigue siendo un reto.

A mi hermana le debo mostrarme el camino del Aikido y a mi madre mi continuidad en el entrenamiento. Desde diciembre del 2017 que hice mi primera clase, nunca más quise detenerme, pues envolvió mi cuerpo en una sensación de extrañeza y gozo.

Cuando me integré al Kihon Dojo en la Ciudad de México, me enfrenté a un espacio con el doble de practicantes, mayoritariamente hombres y cintas negras; me percibí como un polluelo en un valle de panteras. Sin embargo, la práctica me reveló que en el Aikido todas las corporalidades tienen un espacio legítimo para existir a través de su KI, que se vale practicar con todos los grados y niveles y sobre todo: no hay movimientos correctos o incorrectos. Hay infinitas posibilidades de movimiento y el foco es la comodidad, el afianzamiento con el suelo y la seguridad de los cuerpos.



Los contenidos de este artículo están bajo una
licencia de Creative Commons Atribución No
Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

Habito un cuerpo delgado y feminizado. En muchos espacios a menudo nos reducen a nuestras formas físicas, enfrentando la dominación simbólica, estructural y sistemática de entornos masculinizados. Entrenar frente a cuerpos que doblan mi tamaño implica contactar con el miedo y con viejas memorias sofocantes que han dejado huella en el camino. Como mujer, la práctica en las artes marciales exige una doble carga mental: el esfuerzo por perfeccionar la técnica y, simultáneamente, la vigilancia constante para proteger la propia integridad ante posibles violencias o acoso.

Muchos cuerpos aprendemos a vivir en estado de hipervigilancia, en un peligro constante y frente a esto, nos resistimos. Resistimos a la violencia. Resistimos cuando corremos, cuando nos congelamos, cuando peleamos, cuando gritamos, cuando callamos, cuando accedemos, cuando sonreímos con miedo y cuando fingimos.

Considerando las acciones de cuidado que venimos tejiendo para sostenernos, en un inicio el objetivo de mi práctica en el Aikido era defensa personal, una estrategia más para sobrevivir. Hoy mi resistencia se expande a otros caminos sin dejar el previo.

A lo largo de mi práctica, he comprendido que mi presencia es suficiente y que soy parte esencial de la comunidad que hace posible esta disciplina. Un maestro alguna vez dijo que todas las capacidades ya habitan en el cuerpo, solo es necesario entrenar para reforzar lo que mi propia materialidad ya sabe hacer. Entonces hay que buscar ser como el agua; poseer la capacidad de transformar el movimiento en algo tan sólido como el hielo y tan fluido como cuando se derrite.

Mi resistencia consiste en cada práctica, pero también ha sido abrir el diálogo en los espacios de entrenamiento, cuestionar las dinámicas de poder a las que estamos sujetas reiteradamente. La resistencia para mí consiste en poder co-crear nuevas posibilidades y significados por medio del movimiento como estrategia de conexión y conciencia social. Pues desde una epistemología constructivista y un paradigma postestructuralista; la realidad objetiva no existe, es construida y creada colectivamente. No hay un camino correcto ni una verdad exacta (Shah, 2000); existen interacciones que hacen posibilidades y en ello, multiplicidad de realidades.

5. Análisis de resultados

Al analizar las etnografías y el diálogo podemos rastrear una narrativa y ciertas categorías que emergen (Creswell, 2007) y que trasciende la técnica marcial para convertirse en lo que se denomina una sociología carnal. Una de las categorías emergentes se relaciona con la pedagogía del cuerpo vivido, que permite entender el dojo no solo como un gimnasio, sino como un territorio en disputa y un espacio de construcción de conocimiento colectivo y agencia social. El cuerpo no es un objeto mecánico, sino el suelo existencial de nuestra conciencia y experiencia. Catherine describe su cuerpo como su "primer territorio", un espacio que guarda "viejas memorias sofocantes" de violencia. El cuerpo es memoria histórica donde se inscriben las huellas del patriarcado y la herida colonial (Ferreiros, 2016).

La práctica del Aikido, en este sentido, se propone como una herramienta para resignificar los cuerpos, liberándolos de la condición de cuerpos dóciles impuesta por las tecnologías de poder y el biopoder (Foucault, 2014; Ihde, 2004). Catherine relata cómo habita un cuerpo en estado de hipervigilancia, y cómo la práctica le permite resistir a la violencia mediante el movimiento, transformando el miedo en una "sensación de extrañeza y gozo".

Al revisitar lo que dice Yesid se revela el uso de la performance-investigación (Parody, 2022), define estas estrategias como métodos que potencian la articulación de dimensiones sensoriales y reflexivas a través del gesto y el movimiento. En el dojo, el cuerpo funciona como cosmos y lienzo.



Los contenidos de este artículo están bajo una
licencia de Creative Commons Atribución No
Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

Yesid, en su rol de Sensei, no actúa como un observador externo; su cuerpo lee el conflicto y la tensión en el tatami, involucrándose en la resolución del mismo. Este involucramiento corresponde a la participación radical, donde el investigador dispone su propia corporalidad como intuición para el registro y la construcción de conocimiento etnográfico. La resolución del conflicto no se dio únicamente a través del diálogo intelectual, sino mediante la conexión carnal del entrenamiento (Keiko), donde los practicantes deciden conscientemente si dominar o cuidar al otro.

La respuesta al conflicto que se generó en el dojo se podría comprender como co-teorización y co-construcción (Ayala, 2026; Foucault, 2014; Ihde, 2004; Rappaport, 2018), asumiendo que resultó en una producción colectiva de un mecanismo práctico, basado en conceptos vividos y en saberes de las personas involucradas en la interacción. Ante la violencia, se invitó a las mujeres del dojo a ejercer su capacidad de agencia para redactar nuevas recomendaciones de comportamiento.

Este proceso dio como resultado una teoría viva, un documento normativo que emanó directamente de quienes habitan el tatami. Al ceder el espacio de decisión a las mujeres, el dojo se transformó en un territorio de equidad, superando la jerarquía androcéntrica tradicional de las artes marciales. El documento deviene, como conocimiento que busca la transformación de la *praxis* y el cambio social sirviéndose del conflicto (Parody, 2022).

Finalmente, la categoría de adentro y afuera (Rappaport, 2018), permite analizar la posición de los sujetos en el dojo. El adentro representa el espacio seguro del tatami, mientras que el afuera son las lógicas violentas y jerárquicas de la sociedad. Catherine describe su llegada como la de un polluelo en un valle de panteras (Catherine, comunicación personal, 01 de abril, 2026)., sintiéndose inicialmente fuera de lugar. El conflicto surge cuando un miembro intenta imponer lógicas de dominio simbólico provenientes de otras escuelas (el afuera). La comunidad logra proteger su adentro redefiniendo sus reglas desde la base, convirtiendo el dojo en una frontera donde se negocian nuevas identidades y formas de cuidado.

6. Conclusiones

Tras la experiencia vivida en el tatami frente a diversas manifestaciones de violencia, se hace evidente que las dinámicas que lastiman el cuerpo y la subjetividad pueden ser interminables, bajo un sistema que privilegia clases y cuerpos blancos cis-heteronormados. Sin embargo, frente a esta inercia, surge el poder del tejido social como una fuerza de reparación y creación de distintas posibilidades de respuesta ante las dinámicas de la violencia.

El conflicto que generó un quiebre en nuestra comunidad, fue atravesado mediante la reflexión, el diálogo y el reconocimiento de todos los cuerpos y sus derechos. Priorizando el cuidado del grupo de mujeres que conforman el Kihon Dojo y cuestionando la jerarquía androcéntrica que suele invisibilizar sentires y cuerpos, pero desea ocupar territorios.

En conclusión, la práctica del Aikido puede erigirse como una herramienta política y pedagógica vital frente a un panorama global marcado por la violencia estructural. Una sociología carnal que construye paz mediante el cuerpo vivido, que potencia el diálogo y la reflexión. Al proponer la creación de territorios colectivos donde el conflicto no se evade, sino que se habita, esta disciplina permite transitar de una cultura de la destrucción a una de la preservación de la vida. La práctica trasciende la técnica marcial para convertirse en una manera de estar conectadas y conectados con el presente y desarrollar una conciencia corporal que nos enseña que la paz no es la ausencia de tensión, sino la capacidad de armonizar las energías discordantes para nutrir el bienestar común.

A través del concepto de aite —el otro como una mano colaboradora y no como un enemigo—, el dojo se transforma en un laboratorio de resistencia donde el cuerpo, recupera su capacidad de agencia. Los cuerpos leen gracias a la conexión carnal. Para las mujeres y los cuerpos no normativos,



Los contenidos de este artículo están bajo una
licencia de Creative Commons Atribución No
Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

permanecer en el tatami y aprender a moverse con fluidez entre fuerzas opuestas es un acto de reterritorialización; es reclamar el derecho a existir, defender un adentro y ocupar espacios históricamente masculinizados no solo desde la supervivencia, sino desde el goce, el cuidado y la creación.

El Aikido como práctica corporal nos puede invitar a generar diálogos y procesos reflexivos; a interpretar que el camino del guerrero inicia y termina en la búsqueda de la paz. Al poner en el centro la conexión y la búsqueda de caminos naturales para el movimiento, no solo protegemos nuestra propia integridad, sino que asumimos la responsabilidad ética de cuidar la del otro. Se usa el conflicto para coteorizar y co-construir. En este intercambio empático de la piel, los músculos y los huesos, sembramos la semilla de una comunidad que busca caminar hacia la equidad y donde la respuesta al conflicto se intenta construir desde una invitación a la conexión y a la transformación colectiva desde el cuidado.

Las transformaciones locales, como, por ejemplo, el cambio cultural de una escuela o dojo, demuestran que se puede construir conocimiento local y verdades alternativas desde las que se pueden crear prácticas no normativas que reclaman legitimidad y se transforman en quehaceres cotidianos en la esfera pública (Biskupovic y Canteros, 2019).

Declaración de Autoría

Edgar Sierra Soler: Conceptualización, análisis formal, investigación, metodología, redacción - borrador original, redacción - revisión y edición. Nelly Guerrero Martínez: Conceptualización, análisis formal, investigación, metodología, administración del proyecto, redacción - borrador original, redacción - revisión y edición.

Referencias

- Adamini, M. (2016). Aproximaciones al análisis del discurso en los estudios identitarios. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 6(1), e006.
- Ademowo, A. (2023). Autoethnography: Unpacking a method and lived experience (s) as data. *ABUAD Journal of Social and Management Sciences*, 4(1), 162-171.
- Arrue, I. (26 de octubre de 2014). Bogotá Aikido: Entrevista a Iker Arrue (U. Hernández, Entrevistador). Kihon Dojo Blog. Recuperado de <https://kihon-dojo.blogspot.com/?q=entrevista+a+iker>
- Ayala, O. (2026). La corporalidad mediada desde las perspectivas filosóficas de Ihde y Foucault. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 65(171), 73-85.
- Batista, R. (2015). Aikido e capoeira como fontes de inspiração para a dramaturgia do ator. *Revista Aspas*, 5(1), 141-151.
- Bell, L. & Desai, D. (2011). Imagining otherwise: Connecting the arts and social justice to envision and act for change: Special issue introduction. *Equity & Excellence in Education*, 44(3), 287-295.



Los contenidos de este artículo están bajo una licencia de Creative Commons Atribución No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

Biskupovic, C., y Canteros, E. (2019). Movilizando saberes ciudadanos: Encontrar un lugar, construir la verdad. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (36), 7-28.

Boladeres, T. (2021). Trabajo social como arte: Hacia una estética artística del trabajo social. *TS Cuadernos de Trabajo Social*, (21), 27-39.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, España: Anagrama.

Conde, F. (2019). Apuntes sobre el análisis y la interpretación de los “emergentes discursivos” en el análisis sociológico de los discursos. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 17, v1701.

Conde, F. (2025). Una aproximación a una cartografía de las diferentes líneas de análisis del discurso en la investigación social. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 25(1), 20.

Cortés, A. (2016). Actuación y Aikido: Comparaciones entre el sistema didáctico del Shu Ha Ri en las artes marciales y el sistema académico universitario en la actuación. *Escena: Revista de las Artes*, 76(1), 59-84.

Creswell, J. (2007). Data analysis and representation. *Qualitative inquiry & research design: Choosing among five approaches* (2.ª ed.) (p.147-176). Thousand Oaks, CA: Sage.

Cuéllar, R., Bazán, A. y Araya, G. (2019). Efectos de la práctica del Aikido sobre mindfulness y la ansiedad en estudiantes universitarios costarricenses. *Retos*, (35), 13-19.

De Pascual, A. y Lanau, D. (2018). *El arte es una forma de hacer (no una cosa que se hace). Reflexiones a partir de una conversación de Luis Camnitzer y María Acaso*. Madrid, España: Catarata.

Del Álamo, F. (2019). Apuntes sobre el análisis y la interpretación de los “emergentes discursivos” en el análisis sociológico de los discursos. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, (17), 20.

Díaz, L. y Ormart, E. (Comps.). (2025). Estereotipos de género en el deporte y en la actividad física. San Luis, Argentina: Nueva Editorial Universitaria.

Ellis, C., Adams, T. y Bochner, A. (2015). Autoetnografía: Un panorama. *Astrolabio*, (14), 249-273.

Ferreirós, F. (2016). Hacia una pedagogía del cuerpo vivido: La corporalidad como territorio y como movimiento descolonizador. *Cartografías Pedagógicas Latinoamericanas*, (11)1-6.

Foucault, M. (2014). El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Franco, M. (2015). Aproximações entre o aikido e o cuidado de si: Por uma educação física como arte do bem viver (Disertación de maestría). Natal, Brasil: Universidade Federal do Rio Grande do Norte,

Fuentes, K. (2023). Autoetnografía de la entrevista cualitativa. *TZHOECOEN*, 15(1), 17-32.



Los contenidos de este artículo están bajo una licencia de Creative Commons Atribución No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

- Gómez, S. (2024). Contact Improvisation: Una exploración del estilo de danza desde las aportaciones somáticas del Aikido, el Tuishou y el Kinomichi (Tesis doctoral). Universidad de Extremadura, Badajoz, España.
- Gómez-Lozano, S., Hurtado-Guapo, M., Kelly-Lahon, C., Arce-Moreno, J., León, K., Vargas-Macías, A. (2023). A systematic review on the application of Aikido as a psychosomatic tool in therapeutic setting (Part I & II). *Arch Med Deporte*, 40(4), 208-216.
- Gordon, M. (2019). Awakening to wholeness: Aikido as an embodied praxis of intersubjectivity. En: *Aikido as transformative and embodied pedagogy: Teacher as healer* (pp. 89-108). Cham, Suiza: Springer International Publishing.
- Ihde, D. (2004). Los cuerpos en la tecnología. *Nuevas Tecnologías: Nuevas ideas acerca de nuestro cuerpo*. Barcelona, España: Editorial UOC.
- Keogh, M. (2019). Bailar la quietud: Profundizando en la práctica de Contact Improvisación. British Columbia, Canada: Intimately Rooted Books.
- Martín-Criado, E. (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis de discurso. *Revista Internacional de Sociología*, 72(1), 115-138
- Martínez, A. (2015). Una reflexión autoetnográfica sobre la práctica de las artes marciales de contacto: Ser una (uno) entre todos ellos. *Astrolabio*, (14), 290-312
- Martínez, A. (2016). Actuación y Aikido: Comparaciones entre el sistema didáctico del Shu Ha Ri en las artes marciales y el sistema académico universitario en la actuación. *Escena: Revista de las Artes*, 76(1), 59-84.
- Martínez, S. y Agüero, J. (2020). Trabajo social emancipador: De la disciplina a la indisciplina. Paraná, Argentina: Fundación La Hendija.
- Mendizábal, I. (2018). Análisis del discurso en Latinoamérica: Un estado de arte. Chasqui: *Revista Latinoamericana de Comunicación*, (139), 15-66.
- Morales, D. (2024). Experiencias de bienestar y transformación en mujeres artistas marciales (Tesis de grado). Universidad Autónoma de Querétaro, Querétaro, México.
- Noble, H., & Mitchell, G. (2016). What is grounded theory? *Evidence-Based Nursing*, 19(2), 34-35.
- Parody, V. (2022). Etnografía colaborativa, investigación acción participativa y participación radical en contextos de racialización. *Tabula Rasa*, (43), 195-222.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata, Argentina: Ediciones Al Margen.
- Prado, R. (2010). *Aikido: O movimento entre a luta e a arte*. Trabalho de conclusão de curso (licenciatura - Educação física). Universidade Estadual Paulista, São Paulo, Brasil.
- Rappaport, J. (2018). Más allá de la observación participante: la etnografía colaborativa como innovación teórica. *Prácticas otras de conocimiento (s): Entre crisis, entre guerras*, 1, 323-352.



Los contenidos de este artículo están bajo una licencia de Creative Commons Atribución No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751

Volumen 16 N°1, 2026, pp. 133-148

- Reyes, R. M. (2025). Ejercicio en auto etnografía deportiva. MMA, metafísica y poscolonialismo. *Nthe Nthe*, 71.
- Saferstein, E. y Goldentul, A. (2019). El “diálogo” como discurso emergente. La articulación de un espacio de ideas en torno a la memoria del pasado reciente en Argentina (2008-2018). *Reflexiones Críticas*, (586), 15-30.
- Sanati, E., Kordi, Y., Parandavarfard, S., & Yazdani, F. (2021). Comparison of sense of wrist joint position between aikidokas and healthy people. *Ido Movement for Culture: Journal of Martial Arts Anthropology*, 21(1), 38-46.
- Sánchez, R. y Spencer, D. (Eds.). (2014). *Fighting scholars: Habitus and ethnographies of martial arts and combat sports*. Londres, Reino Unido: Anthem Press.
- Saz-Peiró, P. (2022). El Aikido, sus técnicas y valores morales en la resolución de conflictos. *Medicina Naturista*, 16(2), 38-46.
- Shah, S. (2000). Postmodernism/Poststructuralism: A theoretical perspective. *The Lahore Journal of Economics*, 5(1), 99-110.
- Silva, N. (2021). Arqueología del mundo estético: una mirada fenomenológica a la experiencia del arte. Disponible en <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/187000>
- Singer, M. (2021). La cuestión del cuerpo en el campo de la comunicación. Pensando aportes y desafíos a partir del caso del Área Cuerpo y Comunicación de la Universidad de Buenos Aires. *Comunicación*, (44), 93-110.
- Sosa, A. (2012). *Territorio y cuerpo: Espacios de poder en disputa*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Stevens, J (1998). *Paz abundante: La biografía de Morihei Ueshiba, fundador del Aikido*. Barcelona: Kairós.
- Tan, K. (2014). Becoming an aikidoka: Acculturation and essentialism in the practice of Aikido. *Revista de Artes Marciales Asiáticas*, 9(2), 130-151.
- Ueshiba, M. (2010). *El corazón del Aikido: The philosophy of Takemusu Aiki*. (Trad. H. Stevens). Madrid, España: Kodansha Internacional
- Ueshiba, M. (20 de julio de 2022). En busca de la belleza del Aikido. Kihon Dojo Blog. Recuperado de <https://kihon-dojo.blogspot.com/2022/07/en-busca-de-la-belleza-del-aikido.html>
- Wacquant, L. (2006). Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador. *SA*.
- Wacquant, L. (2015). Por una Sociología de carne y sangre. *Terrains & travaux*, (1), 239-256.
- Yamada, Y. (6 de junio de 2018). Yamada Sensei: El hombre libre (L. Tamaki, Entrevistador). Kihon Dojo Blog. Recuperado de <https://kihon-dojo.blogspot.com/2018/06/yamada-sensei-el-hombre-libre.html?q=el+hombre+libre>
- Zavala, C. (2020). La configuración cultural de la práctica del ninjutsu en Chile: aproximación desde la etnografía enactiva. *Quaderns de psicologia*, 22(3), e1552-e1552.



Los contenidos de este artículo están bajo una
licencia de Creative Commons Atribución No
Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional